

ADRIÁN J. SÁEZ

GODOS DE PAPEL

IDENTIDAD NACIONAL Y REESCRITURA
EN EL SIGLO DE ORO



CÁTEDRA

Godos de papel

*Identidad nacional y reescritura
en el Siglo de Oro*

Adrián J. Sáez

Godos de papel

*Identidad nacional y reescritura
en el Siglo de Oro*

Prólogo de Luis Alberto de Cuenca

CÁTEDRA

CRÍTICA Y ESTUDIOS LITERARIOS

1.^a edición, 2019

Ilustración de cubierta: Francisco de Herrera el Mozo,
El triunfo de san Hermenegildo (1654). Fragmento.
Museo del Prado, Madrid

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Adrián J. Sáez, 2019
© Ediciones Cátedra (Gupo Anaya, S. A.), 2019
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
Depósito legal: M. 6.718-2019
ISBN: 978-84-376-3992-5
Printed in Spain

Índice

PRÓLOGO. El noble mito de los godos, <i>por Luis Alberto de Cuenca</i>	9
INTRODUCCIÓN: <i>Hispania Gothorum</i>	15
CAPÍTULO 1. Una y diversa: la formación nacional de España	25
1. Antiguas y modernas: la paradoja de las naciones	26
2. «A una corona reducidos»: el caso español	38
3. Godos y españoles: el mito neogótico	55
4. Un pasado a la medida: la hora de la reescritura	80
CAPÍTULO 2. Historias de godos: usos y abusos	83
1. Leyendas y mitos: la continua reescritura de la historia	84
2. Cosas de godos en la historiografía de los siglos XVI y XVII	100
3. <i>Laus Hispaniae</i> : corografías góticas (Toledo)	125
4. Imágenes de poder: listas, emblemas y espejos de príncipes	132
CAPÍTULO 3. Godos de ficción: visiones y reflejos	143
1. «Godo Quijote»: los godos de Cervantes	145
2. De bárbaros a pícaros: novelas góticas	158
3. De traidor a santo: el príncipe Hermenegildo en el teatro	164
4. Godos en escena: Lope y Calderón	179
5. «Todos blasonan»: Quevedo, la poesía y los godos	194
6. El Ícaro del norte: el rey godo de Suecia	205
CAPÍTULO 4. La <i>Gothic connection</i> : el ingenio de la diplomacia	215
1. Batallas de salón: embajadas y relaciones internacionales	216

2. Alianzas godas: Saavedra Fajardo y la <i>Corona gótica</i>	222
3. «Insignes campeones»: las <i>Selvas dánicas</i> del conde de Rebolledo	230
CAPÍTULO 5. Siglo de Oro, siglo de godos: conclusiones	241
BIBLIOGRAFÍA	249

PRÓLOGO

El noble mito de los godos

Adrián J. Sáez es uno de nuestros filólogos más brillantes. Algo así como una supernova, o sea, una explosión estelar de la filología hispánica más reciente, por no decir recentísima, porque la edad del genio de quien hablo apenas acaba de trasponer la barrera de la treintena. Todo lo que Adrián acomete está marcado por la excelencia, desde lo que defiende desde un plano conceptual hasta lo que comunica desde un plano verbal. Escribe como escribían los ángeles antes de su guerra civil en las alturas, porque, luego, los que defendieron la ortodoxia divina se hicieron acomodaticios y perdieron estilo y vigor retórico, y los rebeldes se limitaron a partir de entonces a redactar contra la Divinidad invectivas de escaso o nulo interés literario. Adrián tiene una cabeza privilegiada —me recuerda a la de los maestros Ramón Menéndez Pidal o Francisco Rico, que tanto nos han hecho disfrutar con su hipnótica escritura, más propia de creadores que de meros comentaristas— y, por si no fuesen suficientes sus virtudes intelectuales para ubicarlo en el Walhalla de la filología (que en su caso, como navarro de nacimiento que es, está ubicado en Montejurra), es, además, un tipo encantador que da las conferencias en plan peripatético, paseando de un lado a otro y gesticulando con la elegancia de un actor de la Royal Shakespeare Company, y es buen amigo de sus amigos, y trabajador como pocos, y un gran atleta que ha disputado maratones en distintos lugares de Europa, continente que conoce de cabo a rabo. No me extraña que

una persona como Adrián J. Sáez haya dedicado alguno de sus muchos talentos intelectuales a invertir en un mito cultural tan sugerente como el de los godos, omnipresente en las crónicas y en la literatura más creativa —teatro, novela, poesía— de nuestros Siglos de Oro.

Me da la sensación de que no soy yo el único, sino que hay mucha gente en todo el mundo interesada por esos siglos apasionantes y oscuros en los que finaliza la Edad Antigua y comienza el Medioevo. Los siglos en que, en nuestros lares, Hispania se inauguraba como reino, constituyéndose como una de las más antiguas monarquías nacionales de Europa. Eso tuvo lugar gracias a una larga serie de azares que hicieron de los godos —un pueblo que procedía en origen de la península escandinava, que emigró al mundo báltico primero, a Ucrania después, y apareció en la escena romana a partir del siglo III de nuestra era y por la zona oriental del Imperio— los protagonistas absolutos de esa primera España que proporcionaría a la Península ibérica una historia común con una antigüedad de mil quinientos años, lo que no es poco tiempo, voto a bríos. El último de esos azares se produjo al desaparecer, por la presión guerrera de los francos, el reino godo de Tolosa y aparecer en su lugar el de Toledo, claramente ceñido ya al ámbito geográfico de la piel de toro.

Al margen de esa creación de un reino propio, que tiene lugar con Leovigildo en el siglo VI, es un hecho incontestable que los godos ejercen un intenso magnetismo sobre los españoles cultos de ambos sexos, aunque no sea más que por la niebla, siempre favorecedora a la postre, que envuelve su paso por aquellas Hispanias romanas que iban a convertirse en una sola Hispania gracias a ellos. El romanticismo los prohió como símbolo patrio, hasta el punto de convertirlos en prototipos de lo hispánico, como bien ha estudiado Miguel Cortés Arrese en su libro *Los visigodos de los románticos* (2012). Mi admirado José Javier Esparza acaba, asimismo, de dedicarles todo un libro de sabrosísima lectura, titulado *Visigodos* y publicado por La Esfera de los Libros en 2018. Ese magnetismo, enraizado en lo legendario, cuando no en lo fantástico, hace que cualquier libro que trate de los godos encuentre abundantes lectores, y así ocurrirá sin duda con el que nos ocupa, que trata del mito gótico en que se asienta la Monarquía hispánica y todos los productos culturales de ella derivados en el Renacimiento y el Barroco.

Discurriendo como discurre Adrián por las autopistas del *logos* en su calidad de amante de esa palabra griega (que es lo que viene a ser un *fló-logo*), se aproxima en su itinerario al territorio mágico del

mythos, porque en todo humanista que se precie de serlo las cosas no terminan en la frialdad inclemente del *logos*, sino que se templan y adquieren consistencia y atractivo en ese paraíso arbitrario e intemporal que es el *mythos*, en este caso el de los godos. El camino, aparentemente irreversible, que conduce del mito a la razón puede —y yo diría que hasta debe— recorrerse en sentido contrario. Sobre todo el que conduce al viejo, noble y acrisolado mito de los godos, que ha servido para demostrar que la Península ibérica es una unidad de destino indestructible desde Leovigildo, por mucho que bramen los secesionistas de turno. Y eso lo tenían muy claro nuestros mayores de la época áurea, tan admirablemente estudiada en sus aspectos literarios por estudiosos como Adrián J. Sáez, honra y prez de la andante filología hispánica, espejo de lectores de nuestras letras clásicas.

Luis Alberto de Cuenca
Madrid, 17 de enero de 2019

*Para mi Antonio Sánchez Jiménez,
«lo mio maestro e il mio autore»,
por el fondo y la forma*

Yo quiero que mi patria sea la vida.

RODRIGO OLAY VALDÉS,
«Endecasílabos», *La víspera*, 2014

INTRODUCCIÓN

Hispania Gothorum

Yo no tengo gente ni patria,
pero sí memoria y corazón.

MIGUEL D'ORS, «Pertenencia»,
Manzanas robadas, 2017

En *Córdoba de los Omeyas* (1991) de Muñoz Molina, una vívida recreación del antiguo califato, se encuentra una evocación muy significativa del último rey godo¹:

El nombre de Rodrigo o Rodericus designa a un desconocido [...] No sabemos cómo era su cara ni dónde murió. [...] Para los cronistas de los siglos futuros, Rodrigo es un rey culpable de soberbia y lujuria, y su culpa, como la de Edipo, trae consigo un adelanto del juicio universal. [...] En cualquier caso, este hombre, que ya era un desconocido, se vuelve ahora decididamente invisible, y su porvenir tras la batalla [de Guadalate] es tan conjetural como el de otros reyes fracasados de los que nunca más se supo: el rey Arturo de Bretaña y don Sebastián de Portugal (43, 47 y 51-52).

En pocas palabras se resumen algunas de las claves mayores de los godos: las confusiones, los silencios y el valor mítico que domi-

¹ Se cita siempre por las ediciones consignadas en la Bibliografía, con ocasionales retoques de ortografía y puntuación.

nan un relato marcado por las reescrituras y variaciones que retuercen la historia para convertirla en leyenda, y más todavía si hay intereses en juego que pretenden valerse de estas versiones a la medida para ofrecer una determinada imagen *pro domo sua*. Con matices, algo parecido se podría decir de los demás monarcas visigodos: todo el mundo conoce la lista de los reyes godos (quizá hasta de carrerilla), pero casi nadie sabe quién es quién.

Y eso que, sin embargo, hay godos por todas partes: desde su día, han ido saltando de época en época para resurgir con fuerza en algunos momentos (Reconquista y Siglo de Oro, Romanticismo, dictadura franquista, etc.) por razones muy variopintas (legitimación de proyectos políticos, idea nacional, interés por el pasado, etc.) que, de buenas a primeras, muestran claramente el poder simbólico del mito neogótico y el constante esfuerzo por aprovecharlo para las causas que tocan en cada ocasión.

Linehan (2011 [1993]: 30 y 46) advierte del peligro del «efecto acumulativo de las lentes deformantes interpuestas entre el pasado y el presente», que obliga a desbrozar con cuidado el trigo de la paja para distinguir la reinterpretación de la historia de la distorsión deliberada y —en la medida de lo posible— de los hechos: más precisamente, en todos los «secuestros de Clío», musa de la historia y la memoria, hay que entender lo que es invención *ex nihilo*, falsificación y simple instrumentalización, según avisa García Cárcel (2011: 21-47). Es una labor hercúlea en la que se ha avanzado grandemente, pero que queda lejos de mis pretensiones: por el contrario, en este trabajo se atiende justamente a los godos de papel, esto es, a las configuraciones y modificaciones que —entre la historia y la ficción— se realizan del reino visigodo mediante reescrituras interesadas (o mediadas)². Así, me propongo examinar 1) la configuración del mito neogótico con sus variantes, 2) la galería de formas, funciones y sentidos que presenta, y 3) la capacidad de adaptación y transformación de los godos en el tiempo frente a otros elementos.

² Aunque todo se podría echar a la parte del interés, es justo reconocer que había limitaciones y mediaciones: tanto en la Edad Media como en el Siglo de Oro había una concepción diferente de la historia y la historiografía en la que entraba en juego una dialéctica entre la fidelidad a hechos y fuentes (veracidad) y la credibilidad del relato (autenticidad), y podía darse una suerte de «tensión arqueológica» adicional (un querer y no poder) en el intento de reconstrucción del pasado (Montaner, 2012 y 2014). Por ejemplo, el silenciamiento de la rebelión de san Hermenegildo cumplía una razón en el Siglo de Oro, pero también era tan indeseable como inverosímil (véase cap. 3.3).

Este manejo reiterado de los godos tiene categoría de mito porque se trata de un relato convertido rápidamente en patrimonio tradicional, con un valor ejemplar que remite a un pasado prestigioso —progresivamente más lejano— y pertenece a la memoria colectiva, con la ventaja añadida de ser una historia centrada en el grupo más que en el selecto equipo de héroes que se destacan habitualmente, y se transmite en una dinámica de variantes e invariantes que invita a marcar ciertas distinciones (véase caps. 1.3 y 1.4)³.

El estatuto de los godos como símbolo nacional, conectado a la idea de España, es tanto una bendición como una condena: si, de un lado, les sitúa en el centro de la escena del proceso de construcción identitaria, de otro les ha perjudicado la continua reelaboración intencionada de la historia y la conexión con ciertos proyectos políticos. Así puede —y suele— ocurrir con todo elemento clave relacionado con la conciencia nacional, porque la identidad es un asunto extremadamente complejo en el que entran en danza muchos fenómenos y se cruzan toda suerte de filias y fobias. Ya se advertía antaño de la dificultad del autoconocimiento (*nosce te ipsum*), cosa que se enreda todavía más si se amplía la mirada al ámbito colectivo con la nación, en parte porque la identidad es un concepto poliédrico, un «vide [...] réactive» para Martuccelli (2002: 427) que está «nulle part justement parce qu'il était partout» (Kaufmann, 2004: 8), especialmente en épocas de sobredosis identitaria como puede ser el Siglo de Oro o —*mutatis mutandis*— la actualidad⁴. No puedo entrar en el complejo universo de la identidad en general, que tiene pinta de ser «un foyer virtual» (Lévi-Strauss, 1983: 332), un «mito utile» que se maneja de mil maneras y al que hay que acercarse con precaución

³ La definición canónica procede del resumen de García Gual (2004), sin entrar en discusiones sobre mitos reales (antiguos) y bastardos (modernos) (Kirk, 1971: vii). Con un sentido diferente ('falsas percepciones del pasado'), Kamen (2006) examina otros mitos españoles (nación histórica, monarquía fallida, etc.). Se podría ver también como un *topos* ('lugar común') en el sentido de Curtius (2012 [1955]: I, 122-159) o cual ideograma («a historically determinate conceptual or semic complex» que se puede presentar en forma de «pseudo-idea», «a conceptual or belief system», o como «proto-narrative», «a private or collective narrative fantasy») en términos de Jameson (1981: 87 y 115), pero son denominaciones que se prefieren esquivar para no hacer ver que la idea se reduce al ámbito de la invención retórica en un caso y evitar cargar toda la responsabilidad en la ideología en el otro, cuando hay más factores que entran en juego. Para variar, en lo que sigue se alterna «mito» con voces familiares (leyenda, relato, etc.).

⁴ Al respecto, véase Prodi y Marchetti (2001), y Prodi y Reinhard (2002).

(Tugnoli, 2011)⁵. Baste resaltar que la identidad es tanto una materia («essence», con algo de preexistente) como una construcción («construction») maleable que requiere y resulta de un proceso, a veces un verdadero «travail agonique» en formación permanente, una suerte de bricolaje en palabras de Martuccelli (2002: 343-436) que tiene que contemplarse en marcha.

Se da preferencia a la idea de identidad —o conciencia— nacional frente a otras etiquetas próximas (sobre todo el nacionalismo), porque permite expresar bien el sentimiento de comunidad imaginada fundamentado en una cantera cultural compartida e integrar las posibles soluciones políticas derivadas (estado, imperio, reino, etc.), tal y como se explicará en breve. Además, la identidad nacional es un tema de rabiosa actualidad minado de tópicos que sobreviven sin remedio: frente a la repetición *ad nauseam* de que España como nación asoma la cabeza solamente con las reformas borbónicas y madura en el siglo XIX con las guerras napoleónicas y demás, existe una idea de España antigua (premoderna, primitiva) que se forja progresivamente y gana fuerza en los siglos XVI y XVII, de acuerdo con una concepción de los procesos de *nation-building* que privilegia los ingredientes culturales y etno-simbólicos que preceden a la constitución oficial de toda nación. En feliz expresión de Fernández Albada (2005: 13), entonces se produce la condensación de la materia de España y la fabricación de un imaginario anejo que establece las señas de identidad de la nueva nación.

Esta nostalgia de los orígenes es asimismo un intento de control del pasado, de modo que en esta construcción del capital simbólico la historia se convierte en un arma, una forma de «soft power» (Nye, 2004) que busca persuadir de una idea de nación sin coerción ni violencia: así, toda versión gótica en historia y ficción es una narración de poder (Quint, 1993: 45) situada en el corralles entre la política de las más altas esferas y el imaginario colectivo difundido entre todas las capas sociales. Además, se verá también que el concepto de España unido al mito neogótico se desarrolla según una construcción dialéctica, en la que la imagen nacional (interna) se configura en conflicto con las visiones foráneas (externas), a modo de respuesta que pretende corregir los ataques e insultos del otro.

Así las cosas, el presente trabajo se mueve en dos vectores temporales: el tiempo de los godos y el Siglo de Oro, que comprenden,

⁵ Véase Remotti (1996 y 2010), entre muchos otros acercamientos.

respectivamente, el período entre la invasión de la Hispania romana por los bárbaros (476, iniciada en 411) y la invasión árabe (711) con la pérdida de España —más la prolongación de la Reconquista—, y los siglos XVI y XVII a grandes rasgos. Si cada época tiene interés *per se*, la relación entre el modelo legendario y el reflejo áureo descubre un rico diálogo sobre la conformación simbólica de la identidad nacional: el reino visigótico es un período de lo más turbulento (caídas de reyes, rencillas de todo pelo, etc.), que conoce una suerte de resurrección idealizada en forma de mito durante el Siglo de Oro, que a su vez justamente es un momento crucial de las relaciones de España con sus vecinos y rivales europeos, en el que se alienta el desarrollo de los sistemas imagológicos nacionales y la reflexión sobre las identidades.

La elección de un corpus gótico del Siglo de Oro puede parecer un tanto sorprendente, pero responde a una razón principal: el mito neogótico (siglos XV-XVII) constituye una transformación del primer goticismo por 1) la construcción de la perfecta continuidad entre godos y españoles, que 2) se relaciona directamente con un intenso proceso de constitución de la identidad nacional desatado a partir del reinado de los Reyes Católicos y sobre todo de Carlos V, y 3) alcanza un desarrollo sobresaliente en el ámbito de la ficción en diálogo con la historiografía coetánea. Cierto es que el repaso se podría haber extendido *ad infinitum* porque —se verá— los godos hacen de las suyas antes y después, pero en la presente ocasión se han marcado algunas fronteras esenciales: si bien puede extrañar para empezar, la buena salud del panorama crítico sobre toda la familia de crónicas y textos medievales que dan origen al goticismo tradicional permite tratarlos como precedentes fundamentales para entrar en materia, del mismo modo que la selección textual tanto en historiografía como en literatura da buena cuenta de la polivalencia del mito neogótico en el Siglo de Oro, que se podría continuar en otras exploraciones⁶.

Aunque los protagonistas proceden de la Edad Media con alguna que otra ampliación hacia delante y hacia atrás, la parte del león de los textos se sitúa entre finales del siglo XVI y principios del siglo XVII, un momento capital para la formación de la imagen externa e interna de los españoles, con una reflexión favorecida por una sucesión encadenada de grandes hechos (la victoria de Lepanto frente a la

⁶ Véase cap. 1.3 para un intento de tipología del mito según épocas y funciones.

derrota de la Gran Armada, la muerte de Felipe II y el giro político de Felipe III, la expulsión de los moriscos, etc.) que articulan «una época de crisis y reestructuración de la conciencia nacional» que pierde fuelle a partir de la declaración de la guerra con Francia (1635) a favor de la propaganda pura y dura (Sánchez Jiménez, 2016: 22 y 378). En líneas generales, estas coordenadas temporales coinciden con una etapa de «introspección colectiva» (Elliott, 2007) en la que una sociedad acostumbrada al triunfo se interroga con urgencia tanto sobre las causas del giro de las cosas y los remedios posibles como acerca de su identidad, con una fuerte tendencia a mirar al pasado⁷.

En este sentido, la perspectiva gana valor por considerar un ecléctico corpus textual previo a la Paz de Westfalia (1648), que, a más de reflejar la decadencia española, marca un *tour de force* político del orden internacional que inauguraba —entre otras cosas— la vigencia de un sistema basado en la soberanía de los estados y que se tiene por el pistoletazo de salida de la construcción de las nuevas naciones-estado (Bély, 1992 y 2000; Smith, 2002: 7): los escarceos posteriores (con el conde de Rebolledo de la mano) insisten en lo mismo, pues en el último tercio del siglo xvii salta por los aires la idea de monarquía imperial y los golpes encadenados (especialmente la independencia de Portugal, 1668) solo agudizan hasta el extremo la crisis identitaria de España (Fernández Albadalejo, 2014)⁸.

Por tanto, se da un constante movimiento entre dos aguas temporales por el que se contempla el pasado (el reino visigodo) desde un presente (los siglos dorados) que muchas veces privilegia los intereses sobre la verdad histórica. Así pues, en el presente trabajo se pretende seguir el hilo de Ariadna de las relaciones de intertextualidad y reescritura del mito neogótico en una selección de textos tanto historiográficos como ficcionales, para dar cuenta del movimiento del ideal gótico. Por de pronto, hay que advertir que el mito neogótico comienza a conformarse en las diferentes historias para entrar poco a poco en el imaginario colectivo y cada vez más en la literatura, que se alimenta inicialmente de las versiones cronísticas para después alzar el vuelo.

⁷ Elliott (2007: 314) precisa que la declinación nacional era más doméstica que internacional, pues —mal que bien— se mantenía el rango de España como gran potencia. Se tiende a bautizar este momento como un primer 98 español (Fernández Albadalejo, 2007: 17-39; y García Cárcel, 2013: 116).

⁸ Para todas las aristas de la crisis española, véase Fernández Albadalejo (2009), y Parker (2013) para una visión global.

La identidad se presenta como un palimpsesto de elementos de todo pelo (antropológicos, políticos, sociológicos, etc.), que se puede contemplar desde muy diversas perspectivas, pero que encuentra en el arte un campo privilegiado para su definición y elaboración. Verdaderamente, hay godos en las mil y una variantes artísticas con la pintura a la cabeza (Cortés Arrese, 2012; Pérez Viejo, 2015), pero en esta ocasión se da preferencia a todas las formas de literatura. En este trabajo se defiende que se trata un sistema simbólico con un papel privilegiado en la conformación de la identidad nacional⁹: los textos crean, vivifican y difunden ideas, imágenes y sentimientos nacionales, con el arma de la licencia poética para retocar la verdad de la cosa según convenga («lo que podría suceder»), la ventaja de la *suspension of disbelief* que —siempre que sea verosímil— les da crédito con independencia de su correspondencia con la realidad y el poder de sugestión propio de la literatura (Sánchez Jiménez, 2016: 86), que los hace ganar a todo ejercicio teórico por erudito que sea. Justa y paradójicamente las distorsiones de la «rica literatura imaginativa» que incomodan a Elliott (2007: 301) para conocer la visión de España y su mundo son la clave fundamental porque, más allá del valor ideológico, social y veraz de los tópicos que puedan manejarse, siempre va a ganar en literariedad (Fernández Mosquera, 2010: 55) y en potencia afectiva.

En este sentido, en toda la «máquina de bombeo de glosas a España» (García Cárcel, 2013: 110) hay una gran presencia del mito neogótico, porque tanto en historia como en ficción los godos de papel son la piedra de toque de la construcción de la identidad nacional, según un proceso de actualización constante al compás de los intereses y los factores contextuales en juego, y en el que —entre otras cosas— se tiene que hacer frente a otras alternativas propuestas de tanto en tanto.

Para reflejar todo esto, este libro trata de seguir los procesos de conformación y transformación del mito neogótico en varias etapas que determinan su estructura, de modo natural y flexible. Por ello, primeramente se ofrece una introducción conceptual que presenta los fundamentos teóricos y el estado de la cuestión sobre la formación de naciones, el caso español con sus complicaciones, el mito neogótico y el concepto de reescritura, porque los godos participan

⁹ Véase Martín Ezpeleta (2008) para el concepto de nación en la historiografía literaria española.